

si que saco el protocolo!" que en efecto sacó y puso sobre la mesa para levantar un acta. A los nicas les volvió el alma al cuerpo y exclamó el presidente, en medio de una sonora carcajada: ¡Puej si yo creía que ese "protocolo" era una maquinita de matar gente!, y lanzaron al señor fiscal a la calle, terminando con el proceso electoral a su modo.

Los protocolos que hemos firmado con Nicaragua, llámense como se llamen, han sido unánime y constantemente irrespetados, irrespeto que han respaldado sus armas. No más habían regresado nuestras tropas, después de defender a Nicaragua contra el invasor en 1856, cuando el presidente Tomás Martínez amenazó con invadir y anexar el Guanacaste. El presidente Mora consideró prudente, en aras de la paz, llegar a un arreglo pacífico, y así después de las negociaciones, se firmó el Tratado Cañas-Jerez, que años después desconoció Nicaragua, por lo que fue necesario recurrir al arbitraje, dándonos el Laudo Cleveland la razón. El viejo Zelaya, dictador de Nicaragua, un buen día se dejó decir, como para refrescarse el espíritu, que su mayor ambición era la de "darle de beber agua a su caballo en la pila del Parque Central de San José". Así pues, pareciera que en Nicaragua, desde el más encopetado político hasta el matoncillo de bananal, ven con displicencia la ley y el derecho ajenos, los tratados y por supuesto, los "protocolos", que únicamente respetan mientras creen que les sirven a ellos, o que son maquinitas de matar gente".

La actitud nicaragüense no cambiará; creo prudente que el Presidente Monge y su ministro de Relaciones Exteriores no den muestras de debilidad ante el reciente problema de la violación de nuestra embajada en Managua.

Lo primero que deberían hacer es destituir al embajador, pues una embajada no se deja sola, y menos con un asilado que es atracción para violar la soberanía. En una embajada hay archivos, documentos y sellos que no se dejan así no más. Sólo en nuestro sistema administrativo se ven cosas semejantes. Dejar una embajada sin ninguna protección. Esto es ridículo. Ahora sí tenemos problemas.

Los nicas no reconocerán nada y con toda razón estarán muertos de risa de ver la torpeza con que hemos actuado. Pues a ver qué hacemos: o retiramos al embajador o rompemos relaciones. Yo no creo en la Organización de Estados Americanos (OEA) ni en "Tiares", mucho menos a estas alturas en que se ha perdido tanto tiempo. Debemos tener en Nicaragua una misión diplomática de acuerdo con las circunstancias, con personal únicamente costarricense, con una guardia que por turnos la cuide, incluso domingos y días feriados. Además debe tener una estación de radio para comunicarse con Costa Rica en caso de emergencia; todo esto es permitido en vista de la extraterritorialidad de nuestra misión diplomática.

No creo que una ruptura de relaciones con Nicaragua conduzca a una reacción bélica inmediata de su parte, menos en momentos en que están de luna de miel, después de unas elecciones espurias. Comprendo la gravedad del momento y la responsabilidad que significa esa

decisión, le corresponderá al presidente Monge, a quien considero sumamente prudente; pero esto no nos debe sumir en la absoluta indefensión y vergüenza de tener que soportar un vejamen que se repetirá cuantas veces lo desee el gobierno de Nicaragua. ¡Sabido que, como no tenemos poder para defendernos, no significamos problema alguno! creo prudente que vayamos buscando las alianzas que nos ayuden a defendernos, no sea que exhumen al viejo Zelaya y su caballo y los pongan a beber agua en la pila del parque central de San José, junto con muchas "maquinitas" de matar gente.

LOS BILLETES DE PANCHO VILLA

Dr. Vesalio Guzmán

De niño juzgaba con otros niños cerca de la casa de mi abuela paterna. Entre ellos había unos que eran mexicanos. Un día nos dijeron que habían tenido que salir de su patria debido a una revolución. ¡Fue la primera vez que conocí expatriados! Eran unos niños buenos. Un día trajeron unos billetes "de veras". ¡De cien y de más pesos! Decían que en su casa los había por montones y así jugábamos con ellos todos los días. Yo aún no sabía leer pero cuando llegué a casa y los mostré a mi padre, me dijo que eran billetes de Pancho Villa. En aquel tiempo, antes de 1924, se contaban muchos cuentos de la Revolución Mexicana. Algunos decían que eran unos bandidos y otros que eran valientes. El padre de mis amigos había sido general de Pancho Villa. No recuerdo bien su figura ni tampoco la de mis amiguitos, sus hijos, pues hace ya tanto tiempo. Un día nos dijeron que se había marchado a México. Nosotros continuamos jugando de banco con los billetes de Pancho Villa. Tiempo después llegó la noticia. ¡Habían matado al General y mis amigos se quedaron huérfanos. De nada les servían los billetes villistas. Regresaron a México!

Muchos, pero muchos años después, paseaba yo con un caballero mexicano bastante mayor que yo por uno de los paseos de Ciudad de México y noté una estatua ecuestre recién inaugurada. Era la de Pancho Villa. ¡Qué cosa, le dije, yo creía que a Pancho Villa se le tenía por un bandido! Vea, me dijo, todos los grandes de la Revolución Mexicana tienen su estatua, su calle, su ciudad. Hoy le estamos haciendo justicia a Pancho Villa. ¡Fue el mejor general de todos! Fueron los gringos quienes lo "hicieron" bandido y lo persiguieron por todo el norte de México, porque les quemó el Cabildo de Columbus, Nuevo México y nunca lo pudieron atrapar. ¿Sabe usted, le dije, que allá en mi tierra vivió un General de Pancho Villa y yo era amigo de sus niños?. Se llamaba el General Chao! ¿Chao? ¡Sí señor, Chao! ¡Pues Manuel Chao, doctor, fue un gran general de Pancho Villa!

Manuel Chao, nacido en Tuxpan, Veracruz, fue profesor a principios de siglo en Durango y director de la escuela "Nombre de Dios". Desde los primeros días luchó por la causa revolucionaria. Al abrirse las hostilidades en el norte, Chao a la cabeza de mil quinientos hombres atacó Parral y aunque perdió la batalla, demostró el

potencial militar y político de las fuerzas rebeldes y en cierta forma estimuló a Villa a entrar de lleno en la lucha. Posteriormente Chao fue nombrado por Venustiano Carranza, Gobernador de Chihuahua en 1913, de acuerdo a las potestades otorgadas al Primer Jefe en el Plan de Guadalupe, lo que causa un conflicto de autoridad entre el Gobernador y el General Villa, quien como Jefe de la División del Norte reclamaba la suprema autoridad en la región.

Esto fue el comienzo de las diferencias profundas que surgieron entre Carranza y Villa y cuando finalmente vino la ruptura, Chao se unió a Villa. Cuando el Villismo fue vencido, marchó a Costa Rica. En relación con los billetes que he mencionado y que por cierto llevaban la firma del General Chao, tienen su origen en la necesidad de fondos del Gobierno Constitucionalista habiendo autorizado Carranza a los jefes militares y gobernadores de seis estados para que imprimieran papel moneda válido en los territorios bajo su mando.

Durante el exilio en Costa Rica Chao se unió a las fuerzas revolucionarias contra los Tinoco y al triunfar le fue ofrecido un homenaje por la ciudadanía de Cartago, entregándole una suma de dinero en efectivo en señal de agradecimiento. Volvió a México en 1923 como lo mencioné al principio de esta anécdota, para unirse a la rebelión de Adolfo de la Huerta. Cayó prisionero y fue fusilado en Jiménez, Chihuahua en 1924. Así quedan en la mente los recuerdos imborrables de ciertos hechos que ocurrieron en la infancia, cuando con los hijos de Chao, jugaba con billetes sin valor. ¡Valeroso había sido Chao y cuantos como él ofrendaron su vida por un ideal!

EL "SIGNO DE LA MONJA"

Vesalio Guzmán

Una madrugada, en el viejo Salón Zumbado del Hospital San Juan de Dios, un paciente se moría. Había sufrido una intensa hemorragia y estaba en shock. Claro, eran otros tiempos, pero sangre, sueros y mucho más se le había dado. La presión que estuvo en cero, le subía algo. Ya por allí se le oía en cuarenta. ¡Más sangre! Uno de los compañeros internos donó la suya y calentita se la pusimos. Qué jóvenes éramos y qué llenos de ilusiones. Con apenas cinco internos en el Hospital San Juan de Dios y sin residentes, a la una de la madrugada no queríamos dejar la lucha. Frío, sudoroso, con la palidez mortal del soldado aquel herido de la Ilíada, seguía uno a uno todos nuestros actos médicos. No tenía pulso, su respiración era rápida, su mirada de angustia en sus ojos hundidos. ¡Más sangre! ¡Parece que se oye en sesenta, aumentale el oxígeno! En esos momentos vimos acercarse a la monja veladora, con su gran sombrero de alas de pico de las Hijas de San Vicente de Paul. Era una ancianita monja francesa, algo encorvada de hombros, de andar despacioso como de quien tiene la tarea de toda una noche recorriendo los kilómetros de corredores del Hospital San Juan de Dios. La notamos porque traía una campanita en la mano que sonaba para que se supiera por

dónde andaba. ¿Qué pasa?, preguntó la monjita con su acento y nos miró uno a uno y al paciente. Le explicamos que el paciente estaba reaccionando, ya le ofamos presión y creíamos que saldría adelante. Volvió a mirar al paciente y se acercó. Con el dorso de su dedo mediano tocó la punta de la nariz. Nos miró a todos, uno a uno y dijo "Se imuegue!" Dio media vuelta y se alejó, sonando su campanita. Nos miramos, mitad sorprendidos, mitad resentidos por la imprudencia de la monja. No iría por la puerta del salón, cuando expiró el paciente! Regresó pausadamente, se acercó y nos dijo: "iven, como se mueguen!" Y se alejó, tocando su campanita. Desde entonces, algunos de los médicos de aquel tiempo recordamos "El Signo de la Monja" la punta de la nariz fría: ¡Signo de la Muerte!

LOS NIDOS DE CIGUEÑAS DE TRUJILLO

Era el último día de agosto y el sol de Extremadura entraba duro en aquellos llanos, a veces interrumpidos por colinas suaves, campos de labranza recién segados y por aquí y allá uno que otro cortijo blanco. Cortaba la monotonía dorada el verde de las encinas que en el pasado alimentaron con sus bellotas a los cerdos que daban el gustoso jamón serrano. A una hora de dejar Cáceres divisábamos sobre un cerro el Castillo de Trujillo. Subimos a pie por las callecitas estrechas y adoquinadas que conducen a la Plaza Mayor, imponente, amplia, rodeada de viejos palacios blasonados, como el de los Pizarro, el de los Vargas-Carvajal, la casa de los Orellana-Toledo y la Parroquia de San Martín; domina el espacio la estatua ecuestre de Pizarro, la mejor que he visto en España, donada por los esposos norteamericanos Rumsey que admiraban sin duda al hombre que conquistó al Perú. Cosa curiosa pero en España no vemos mucho de los Pizarro, ni de los Cortés ni de cuantos le dieron todo un mundo. Subimos por empinadas callecitas desiertas en aquel domingo. Aquí el palacio de los Duques de San Carlos convertido en convento de clausura, perfectamente reconstruido y que visitamos casi todo. Allá casas más bajas, de piedra, sobrias como el paisaje para llegar a la Torre del Alfiler, torre mudéjar de la que sobresale una aguja que se perfila hacia el cielo. La Iglesia de Santiago con su campanario románico del siglo XIII que con su alta torre señorial forma un lado al Arco de Santiago, una de las siete puertas que tuvieron las antiguas murallas. La Iglesia de Santa María, del siglo XIII, ya cerrada al culto de Dios, pero que la abre una vieja cuidadora para el culto de los caballeros de la Conquista en cuya pila bautismal, labrada en piedra caliza blanca, recibieron las aguas Francisco Pizarro y Francisco de Orellana.

Es un gótico con bóvedas de crucería posteriormente reconstruidos con un bello retablo en el altar mayor de Fernando Gallego en proceso de desaparecer en ruinas. ¡Qué paz se vive en estas callecitas, sin un alma, con casas como las de la Cuesta de la Sangre, en piedra oscurecida por los siglos que se apoyan en restos de las antiguas murallas de la ciudad y tapias de viejos corrales